

Margaret Mead

CARTAS DE UNA ANTROPÓLOGA

S.S. Matsonia
Ultimo día abordo
10 de agosto de 1925

El viaje ha sido aburrido y sin peripecias. Hasta la fosforescencia rehuyó nuestra compañía y sólo muy pocos peces voladores de alas rojas accedieron a bailar en nuestro honor. La gente a bordo es heterogénea y se relaciona poco: gente de trabajo que pasa de este modo tres semanas de vacaciones y que se preocupa por los volcanes; mujeres y niños que viajan a reunirse con maridos y padres; nativos de las islas que vuelven por el invierno; gran cantidad de niños nativos que gritan por toda la cubierta; tres sacerdotes católicos y un pastor disidente; una familia del Ejército de Salvación que fue despedida por muchos miembros del grupo en San Francisco, y una Sadie Thomson bastante gordita, a la que despidió toda la Armada de los Estados Unidos y, en fin, otros viajeros asilados...

Mi mesa es divertida. Primero me ubicaron con los tres sacerdotes y una piadosa y alegre señora católica. La conversación versó sobre las diversas dispensas eclesiásticas en asuntos menores y sobre los veintiún primos católicos que la señora tiene en Washington, donde uno de los sacerdotes es profesor de teología moral en la Universidad Católica. Por la mañana juego al bridge con ellos. En una ocasión, hice un "grand slam". Aunque estoy lejos de ser una experta en bridge ya que me cuesta mucho fijar la atención, ahora soy capaz de encarar una partida sin excesiva aprensión.

La tercera noche pasé de esa mesa a la de Eleanor Dillingham y su padre, profesor de Química en la Universidad de Hawaii y hombre muy bondadoso. Eleanor es regordeta, tiene catorce años y vive llena de entusiasmo. Para la fiesta de disfraz la vestí como mi madre, con un vestido de organdí de mamá que todavía no estaba acortado, mi sombrero negro transformado en capota, la gran corbata negra del señor Banks y la rosa rosada de la señora católica. Nunca había ido a un baile de disfraz y, como cabía esperar, se hallaba en el colmo del entusiasmo. Yo me disfracé de hija, con el vestido de dama de honor, que en verdad me quedaba demasiado corto, medias cortas, una muñeca que me prestaron y una preciosa cinta en el pelo, improvisada con un pañuelo rosado...

Pago Pago, Tutuila, Samoa
31 de agosto de 1925

Llegamos esta mañana al amanecer, un amanecer nuboso, en el que el sol apareció malhumorado sólo unos instantes y con la espuma blanca a lo largo de la costa de rocas negras. Nos internamos en lo que fue en una época el cráter de un volcán, cuyas paredes son casi perpendiculares. La selva es espesa y baja casi hasta el mar, y la angosta playa está limitada por un arco de palmeras. En realidad, la Armada ha estado espléndida al preservar la atmósfera nativa. Las casas son construcciones bajas con tejados verdes y están agrupadas bajo los árboles, tal como las viviendas nativas. Lo único que malogra el panorama son las estaciones de radio y una chimenea.

Hoy la presencia de la flota deforma bastante la perspectiva. Hay numerosa embarcaciones de guerra en la rada y en todos los sectores de la isla, la mayoría fuera del puerto, porque ensucian el agua con petróleo y malogran los baños de mar del gobernador. Los aviones aúllan sobre nuestras cabezas y la banda de uno u otro barco no cesa de tocar música jazz. Todos los nativos de la isla y muchos de Manu'a y de Apia están aquí, cargados de recipientes de kava, tapa, faldas de rafia, modelos de canoas con aparejo exterior, collares de cuentas y canastas. Están dispersos en el malae, o mercado, abierto, con familias enteras masticando muy felices su almuerzo. Tengo ya planeados todos mis regalos de Navidad.

Conocí al señor Waltera, director del Banco y jefe de la Aduana. Cuando desembarqué. Me llevó hasta el hotel (El Hotel, sí, donde se filmó Lluvia) donde dejé mi equipaje. Volví a desayunarme a bordo. Después la señorita Hodgson, directora de la escuela de enfermeras nativas, que había venido al barco a recibirme, pero no me encontró a bordo, me invitó a la escuela a almorzar. Fue un almuerzo nutrido y alegre, en honor de las enfermeras del barco hospital. El cirujano general Sitt dispuso que la superintendente de Enfermería escribiese a la señorita Hodgson y le pidiera que me preste toda la ayuda posible. Prometió guardarme los vestidos de noche en su guardarropa, protegido contra la humedad. Es la mejor ayuda de todas. De otro modo, los vestidos se pudren, o aparecen manchas de herrumbre, cuando no se los comen las cucarachas...

Tutuila, Samoa
27 de septiembre de 1925

Si los viajeros contemporáneos aspiran a experimentar las intensas sensaciones que tuvieron los de otra época, deberán cultivar los sentidos del gusto y del olfato, tan poco apreciados hoy. Las películas y el fonógrafo han eliminado la vista y el oído con toda eficacia y aquí el tacto no parece jugar un gran papel. El gusto y el olfato, en cambio, siguen incontaminados por Asia y por el Noticiero Pathé. Solamente en este punto tengo la verdadera sensación de estar en una tierra extraña. La mañana que desembarqué en Honolulu, me desayuné con papaya y para mí Honolulu siempre tendrá gusto a esta fruta tropical, mezclada con naranja china, mientras que Samoa sabe a papaya, pero sin naranjas chinas. Hay una gran diferencia. La papaya, el aceite de coco y el taro, hidrato de carbono sin sabor, pero a la vez característico, sirven al gusto, y las flores del jazmín rojo, con su aroma intenso y opresivo, al olfato, apareciendo este aroma mezclado con el de bananas un poco fermentadas y que a su vez recuerda el de uvas picadas por abejas.

... El jueves pasado asistí a mi primer malaga, o viaje, a mi primera fiesta, ofrecida por el internado para niñas que sostiene la Sociedad de Obras de Misiones de Londres. Nos llevaron en dos automóviles, gentilmente proporcionados por la Armada, hasta Leone, a unos tres kilómetros, y debimos caminar el resto del trayecto. La fiesta fue complicada, cuidadosamente preparada y aburrida. En una gran terraza al pie del edificio del colegio se demarcó un cuadrado por medio de hojas de palmeras dispuestas verticalmente. Al pie de este enrejado verde desparramaron hojas verdes que contenían las cubiertas –un coco, un pedazo de taro asado, un gran trozo de cerdo casi crudo y unas bananas hervidas. En un extremo levantaron una pequeña glorieta, cargada de guirnaldas de flores. Debajo de este cobertizo los norteamericanos se instalaron a comer comida exótica. Hubo luego interminables discursos y los niños cantaron y bailaron, vestidos con sus túnicas de muselina blanca, mal cortadas y de un largo que caía hasta las rodillas en una total falta de gracia...

Tau, Manu'a, Samoa
10 de enero de 1926

La Navidad fue un torbillino. Toda la Nochebuena, mientras Sparks me ayudaba a envolver jabones y peines, espejitos y horquillas, en paquetitos azules, verdes y rojos asegurados con bandas elásticas, que gozan de gran aceptación aquí, la procesión de gente que venía a cambiar presentes iba y venía. En el cuarto del frente el señor y la señora Holt también se dedicaban a envolver, envolver, deteniéndose a decir "Leile tele, fa'afetai" –muy bonito, muchas gracias- anotando nombres nuevos y preguntándose, desesperados, de dónde sacar más regalos. Los collares de caracoles y conchas son como tarjetas de Navidad pero los samoanos se diferencian de nosotros en que esperan de inmediato un regalo, a su vez. Sin embargo, cada presente más importante venía siempre acompañado por el collar y cuando una persona que yo no conocía traía a los Holt un presente taría para mí un collar. Son adornos muy frágiles, pues están esnartados en cuerdas débiles y demasiado cortas y se enredan y cortan con facilidad. A pesar de eso, dejé que media docena de ellos se juntaran en mi cuello, después de lo cual pasaron a colgar de la cuerda en un extremo de mi cuarto. Formaban así una especie de cortina y todos los visitantes se detenían a admirarlos. Para Nochebuena, el tráfico cobró un ritmo febril. Los amigos me enviaron una guirnalda de papel rojo con la leyenda "Hogar es donde cuelgas tu halo" y la colgué contra mi mampara de alambre tejido con una bujía eléctrica que me mandó Deb. Este arreglo era un punto de partida ideal para conversar, pues todos cuantos venían me preguntaban acerca de él. Mi mesa estaba cubierta de tapas, faldas de paja y abanicos y cada visitante quería saber quién me había regalado cada cosa, hasta que me quedé mareada...

Terminada la Navidad, los samoanos comenzaron los preparativos para el Año Nuevo, festividad mucho más popular, conocida bajo el nombre del "año de comer". Sentados en el piso de mi cuarto, se volvieron líricos, diría, al pensar en el ruido que se produciría más tarde. Y la verdad es que fue ensordecedor. Cantidades de niños llevaban latas colgadas del cuello y las golpeaban con un ritmo monótono, pero perfecto. Me paseé por el cuarto hasta las dos de la madrugada. El paisaje es curioso a medianoche, sobre la orilla de un mar inquieto, con llovizna, una luna melancólica, a veces, la arena blanda y viscosa bajo el pie, los niños de corta edad escapados de casa corriendo de un lado a otro, los adultos, el rostro pintado de negro, en grupos inusitadamente dispersos que se desparramaban apenas se acercaba alguien, para colocarse con aire indeciso detrás del borde de cocoteros. Debí brincar, arte desconocido en Samoa, al compás de las ensordecedoras latas en esa arena esponjosa y después, desde luego, se cambiaron millares de saludos, algunos respetuosos y otros, no, por ser la Víspera del Año Nuevo. El corte de mi vestido delataba mi identidad, aun de noche.

La madrugada de Año Nuevo estaba húmeda y amenazadora. Interpretamos estas amenazas como una intervención especial del Sumo Ser en nuestro favor, pues después de la ceremonia en la iglesia las tres aldeas habían planeado reunirse y

bailar para propiciar la abundancia de alimento. Es necesario bastante alimento para satisfacer a tres aldeas. El señor Holt se puso firme y dijo que este año no les daría alimentos, pero circulaba el rumor de que los nativos bailarían hasta que se los proporcionara. Sin embargo, al verlos marchar acurrucados debajo de sus paraguas, con sus vestidos adornados con flecos y sus collares de papel patéticamente ajados ya, tuve la impresión que ese año no tendría lugar la fiesta habitual. Me senté, pues, en el dispensario y redacté mi informe para el Consejo de Investigaciones. Después de la iglesia tuve visitas de Faleasao, pues esa noche había prometido dormir allí. En lugar de ir, no obstante, preparé unos regalos de tabaco, salmón y extracto e carne para Solomona y se los envié, junto con mis excusas. Al saberlo, me colgaron del cuello una guirnalda de semillas de naranja y de trocitos de papel azul del Departamento Médico y se retiraron. Leauala entraba y salía y como la tormenta era cada vez más intensa, comenzó a murmurar sobre posibles huracanes, pero yo la oía sólo a medias.

La tormenta se volvía demasiado ruidosa para que pudiera seguir trabajando. Las chapas de cinc golpeaban en el techo y la palmera sobre el galpón de máquina sacudía su propio techo de cinc en un acceso de furia punitiva. El cuarto comenzaba a inundarse poco a poco y debía hacer excursiones periódicas para apilar los objetos. Por fin fuimos a nadar con Sparks, pero la corriente bajo la superficie era violenta y el aire parecía una sustancia sólida, pues estaba cargado de arena. En esta excursión se me mojó el impermeable; fue una lástima.

Después cenamos y yo preparé la crema dura para la torta de frutas secas, mientras los Holt, llenos de ansiedad, no cesaban de encender una y otra vez la cocina de petróleo, que se apagaba continuamente. Había muchísima manteca que hacía semanas que ignoraba lo que era hielo y con ella hicimos una salsa exquisita para la torta. En realidad teníamos más salsa que torta, hecho que no dejó de entusiasmarme, pues era una experiencia novedosa en mi vida. Comimos a las cuatro de la tarde. Había demasiado ruido para poder conversar, el agua entraba en varios puntos del techo y la lluvia caía directamente en dos lugares. A pesar de ello, nadie mostró mayor preocupación, salvo Leauala, que tenía un hijo en la cima de la colina en Faleasao. Esta aldea fue la más afectada por la última tormenta y el jefe vino a comunicarle al señor Holt que estaban todos muy alarmados. El viento aumentaba. ¿Qué hacer? La tormenta se había intensificado durante la cena y nosotros, absortos en saborear la crema de manteca, no reparamos en ello.

Después de la cena fuimos al corredor cubierto y allí el señor Holt comenzó a masticar fósforos, señal de que estaba preocupado. El viento soplaba contra nuestras espaldas. Una colina enorme atenuaba algo su violencia. Aun así, el hospital, una simple casa samoana donde la semana anterior habíamos levantado el árbol de Navidad, comenzó a sacudirse con violencia y por fin se derrumbó. Minutos más tarde cayeron las construcciones de la escuela y la casa de los coros. La iglesia en el otro extremo de la aldea había caído ya y aparecía en una decorosa posición de techos de paja arrodillados. Estos edificios, diré, estaban un poco más cerca del mar que el nuestro. Si el viento no cambiaba...

Y de pronto llegó la calma. Duró tan sólo un minuto, pero el aire daba la sensación de estar atorado de hojas de cocotero rígidas, como si estuviesen armadas con alambre. Hasta la arena quedó suspendida en el abrazo de aquella calma. Y entonces el otro límite de la tormenta, al cargar directamente desde Ofu, nos golpeó y desgarró en mil pedazos la efímera calma. Desde entonces, sólo cabía calcular cuánto tiempo más quedaría en pie nuestra casa. Lo importante era proteger al bebé de dos meses. Estaríamos bastante seguros en los espacios abiertos entre las casas, pero la lluvia era torrencial y el aire estaba lleno de arena, cocos, partes de techos de cinc y otros fragmentos.

Wiezorek, el inspector sanitario polaco, estaba muerto de miedo y salió al patio de los fondos, donde le sería posible asustarse más aún al contemplar los pedazos de techo que se lanzaban hacia él. Sparks hizo rápidas excursiones a su oficina de radio para estudiar el barómetro, cuyas lecturas comunicaba con tono monótono y solemne al señor Holt. Yo saqué linternas eléctricas, velas, fósforos, medias de lana y suéters para Arthur y abrigos para la señora Holt y para mí, mientras entretenía al niño. Para entonces nos habíamos refugiado todos en el comedor. El corredor había desaparecido y todas las puertas estaban caídas. Lo único que ofrecía seguridad como medio de iluminación era la linterna eléctrica tubular. El señor Holt entregó un hacha a Sparks, con un gesto de gran dramatismo, y salió con una botella de alguna bebida alcohólica para reanimar a Wiezorek. La puerta de alambre tejido del fondo estaba abierta y asegurada. Así permanecimos los cuatro, cubriendo con ropa adicional a Arthur de vez en cuando, o agregando un abrelatas a lo que teníamos ya dentro de una lata. La presencia del bebé hacía que contemplásemos la situación con bastante seriedad. Afuera, en las tinieblas llenas de agua y de bramidos, Sparks y Wiezorek se abrieron camino hasta el tanque de agua, una construcción de cemento de algo más de un metro de lado y dejaron salir el agua.

Nos enteramos entonces de que la idea era meternos todos dentro del tanque. Yo debía entrar primero y recibir al bebé. El señor Holt me entregó su bañera para meterlo allí. El tanque tenía un techo de cinc que se había doblado en una media luna. Trepé por el costado del tanque y me metí en varios centímetros de agua, en una oscuridad total y sin tener idea de mi ubicación. El tanque está en un rincón de los fondos del dispensario, detrás del retrete. Nunca lo había mirado y, por lo tanto, no tenía ninguna idea de sus dimensiones. Por suerte habían metido dentro un par de cajones, donde pude apoyar la bañera del bebé. Oí decir entonces al señor Holt: "Aquí va el bebé y va cabeza abajo", dicho lo cual me puso en los brazos un gran bulto envuelto en frazadas. Lo metí en la bañera, derecho esta vez, después de haberle buscado frenéticamente la cabeza. Era demasiado grande para la bañera, de modo que tuve que sostenerle la nuca con una mano. Después oí: "Y aquí va Arthur" y en medio de las tinieblas vino Arthur, quien debió pararse en una palangana vuelta hacia abajo, mientras yo lo sostenía con mi otra mano. Fue el único momento del huracán que me preocupó, tenía a mi cuidado a esos dos niños pequeños, sin contar con luz alguna y con la lluvia cayendo a torrentes dentro del tanque. Después llegaron la señora Holt y Sparks con una

linterna y Wiezorek con su botella. A cada instante el señor Holt aparecía por el borde del tanque con algún objeto más que yo debía guardar, ropa seca para los hombres, un pollo asado entero que un samoano nos había enviado, un pan y otros artículos. Por fin estuvimos todos adentro, el bebé en la bañera bajo el único sector seco y un cajón en el centro para que todos pusiéramos los pies dentro de él. La señora Holt tenía en brazos a Arthur, yo al pollo, además de una gruesa vela roja, baterías de repuesto y la linterna tubular, un pan y una palangana grande para recoger parte de la lluvia que caía desde el techo doblado del tanque. Wiezorek se disculpaba todo el tiempo por beber, pero repetía que "Dios, me enfermaría si no bebiera...".

Cuando hubo amainado el viento, parte de un costado de la casa estaba aún en pie, de modo que nos metimos debajo de las frazadas húmedas y dormimos un poco, pero durante toda la noche, o mejor dicho, la mañana, entraron samoanos para preguntarnos cómo estábamos y lamentarse por nuestra suerte. En Luma sólo cinco viviendas habían quedado en pie.

Esta mañana hicimos un recorrido para ver las ruinas y la gente interrumpió su tarea desesperada de rescatar elementos, apenas lo suficiente para ofrecernos un presente ceremonial consistente en alimentos. Ahora toda la aldea está construyendo y tejiendo con furia; sin embargo, la mujer que visité esta mañana, por contar con su techo sobre su cabeza, estaba dedicada a tener abanicos de intrincado diseño. En este momento la situación entorpece algo la marcha de mi trabajo, pero más tarde resultará útil que no haya copra que cosechar y por consiguiente, más tiempo libre para todos. Acaban de colocar un techo nuevo en mi cuarto y, además, me he comprometido a ir a nadar y pescar.

Tau, Manu'a
24 de marzo de 1926

Este será mi último boletín desde Manu'a y quizás el último desde Samoa. Seguramente partiré de Manu'a dentro de tres semanas. Y cuántos agujeros que quedan por llenar... El ancho de una canasta, la altura de un poste, el nombre de una festividad, cómo queman cicatrices, cómo se llama, en realidad, el hermano de la madre y cuántas hogueras se encienden en una fiesta fúnebre. En este punto mi trabajo recuerda, ni más ni menos, un vestido bordado con cuentas, pero bordado sólo a medias. No enviaré, por lo tanto, más boletines. La breve tregua de que dispongo para escribir este se debe a que tuve amigdalitis y me prohibieron caminar hasta mañana...

En la madrugada del 8 de marzo llegó un barco a Ofu y atraída por la idea de obtener datos para mis estudios etnológicos decidí volver a él. Es un bote de remos de unos cinco metros. A último momento llegaron corriendo dos mujeres de Fitiuta y anunciaron que vendrán conmigo. Decidí que aunque costoso, resultaría agradable. Partimos bajo un sol abrasador, con una tripulación de unos nueve samoanos. Las muchachas se marearon muchísimo, pero yo apoyé la cabeza en una bolsa llena de productos envasados y con la oreja contra una lata de salmón y la sien sobre otra de ciruelas secas, disfruté del trayecto de tres horas por mar abierto. Las olas son impresionantes cuando se las observa desde una cáscara de nuez como este bote. Los samoanos cantaban y gritaban sin cesar. Al cabo de un rato hubo un aguacero y no vimos ya la tierra firme. Después lloviznó durante una hora y el crepúsculo abrió brechas oblicuas en el horizonte. Por fin llegamos a Olesega y al "Maga", un promontorio largo y escabroso, en un extremo del cual se ve la silueta de un hombre con las manos levantadas y, detrás de él la figura de piedra de un niño. El aspecto de ambos es como el de un obispo británico de la antigüedad con su acólito. En la elevación rocosa detrás de ellos está su castillo de piedra, al cual se retiran al atardecer. La leyenda dice que es la figura de un hombre que deseaba volver a Tau, pero que el dios Tagaloa se lo impidió y el hombre murió de pie en esa punta, mirando siempre en la dirección de la tierra añorada. Llegamos a Ofu de noche y debimos caminar con trabajo por los bancos de coral para descansar en una aldea desconocida.

La vida en Ofu se complicaba pues había hambre allí y yo tenía que proveer alimento para mi corte, así como para mí. En cambio hay una panadería y durante diez días enteros disfruté del pan hecho con levadura...

El jueves fui a la otra isla, Olesega, en un bote con gente de la Armada y mientras que ellos regresaron, nosotros, mis jefes oradores y yo, pasamos la noche allí. Fue una experiencia penosa. Olesega estaba destruida por un huracán y no se cultivará allí copra en muchos años. Tampoco hay nada que comer, salvo masi (fruta de pan podrida, que huele peor que un queso Limburger) y las raciones de arroz y salmón distribuidas en épocas de hambre. Por otra parte, el samoano desconoce toda forma de cortesía que no se exprese mediante alimentos. Por ello toda la aldea se mostró hosca y tomó a mal nuestra breve permanencia, tratando

de ocultar la vergüenza de su miseria en ese momento bajo vehementes aseveraciones. Conocí, no obstante, a un anciano bondadoso y sensato, que me dio todos los datos que deseaba y por ello decidimos pasar la noche siguiente en Sili.

Sili es una pequeña aldea llena de encanto, de unos ochenta habitantes, protegida por una enorme saliente rocosa. Tiene la gran desventaja que de vez en cuando se desprendan trozos de esta roca de cinco a diez toneladas de peso. Además, el mar tiene la costumbre de meterse, casi, dentro de las viviendas. Por suerte no debimos sufrir ninguno de estos desastres. Nuestros corteses anfitriones sacrificaron un cerdo en nuestro honor y toda la pequeña aldea celebró la visita, mientras los jefes de mayor rango me contaban anécdotas ilustradas, de la época del canibalismo y un insano famélico y lamentable, que imaginaba ser Tufele, cantó y bailó en nuestro honor.

La marcha de regreso a Ofu al día siguiente fue sumamente agradable. Mis dos compañeros eran mis jefes oradores, desde el punto de vista de sus funciones. Hacían todos los discursos, recibían y distribuían presentes y me preparaban la comida. Como expresión de gratitud, les compré tres túnicas nuevas a cada uno. La costumbre es que el jefe orador que acompaña a su amo no lleva nada consigo, sea alimento o ropa, ya que está convencido de la verdad del proverbio que dice que el trabajador debe hacerse valer. Es, no obstante, mucho más agradable que tener verdaderos sirvientes. Los míos eran, además, compañeros llenos de buen humor. Aun cuando se alejaban a lavarme la ropa, uno llevaba la ropa, pero el otro llevaba su ukelele. Tenían obligación de tocar por lo menos dos melodías antes de sentarse por la mañana. El pescado era un privilegio especial del que yo gozaba, ya que otros alimentos escaseaban y se produjeron escenas hermosas cuando un costado de la casa se ocultó casi con una pila de flores, de las cuales las muchachas tejían collares, mientras que sobre una estera en el otro lado, mi anfitrión desparramaba un montón de pescados multicolores. Hubo algunas pequeñas dificultades. En una oportunidad maté treinta y cinco mosquitos dentro de mi mosquitero y, por la mañana, y todos estos insectos se alimentaron opíparamente. Descubrí una forma inusitada de meter las manos en la propia sangre al matarlos. Hubo asimismo disputas en cuanto a la casa que honraríamos con nuestra presencia. Llevaba mucho tiempo, en fin, sacar todas las hormigas del pan. El colmo de los desastres fue que soné que Fa'apua tenía mellizos, la noche antes de nuestra partida. Se trata de un sueño de los llamados de "pulpo". De haber salido a pescar, nuestra recompensa hubiese sido una cantidad enorme de pez diablo. En lugar de ello, nos alejamos a bordo del barco de la base...